

esperpento y tercer mundo

HABIA concluido la proyección de "Los pastores del desorden" y se desarrollaba la conferencia de prensa en el Palazzo de la Mastra. Fue el brasileño Glauber Rocha, el director de "Deus e o diabo na terra do sol" y de "Terra em transe", quien sentó las analogías entre el film de Papatakis y el Novo Cinema. "Los pastores del desorden", la película de Papatakis, tras su media hora de naturalismo inicial había desembocado en un relato violento, a veces galesco, con relampagueantes sarcasmos, discontinuo, arquetipado con el ceremonial del teatro de la crueldad.

Muchos espectadores se preguntaban cómo podía ser tan divertida, cómo podía hacer reír, una película sustancialmente trágica o dramática. Cómo aceptar, en suma, que la serie reflexión y protesta política de Papatakis, su pretensión de hacer un cine revolucionario, provocase las carcajadas del público. A Rocha no se le ocurrió en absoluto que todo esto entrañase una contradicción. Si no trágico, al Novo Cinema si es un cine que sobrecarga los datos, los descoyunta, y pone así al aire al absurdo de la sociedad brasileña. (Cuando escribo este comentario acabo de oír uno de los diarios hablados de Radio Nacional: una de las noticias daba cuenta de las millares de niñas que mueren en Brasil anualmente por insuficiente alimentación.) De ahí que "Los pastores del desorden", salvado el grave error de su primera parte, le pareciese un excelente y sólido film.

Yo creo que ésta es una importante cuestión estética absolutamente inaccesible si no partimos de la especificidad cultural de las sociedades subdesarrolladas. Podríamos decir que en el ámbito del desarrollo occidental, en el marco sociocultural que define París, existe una preceptiva en cierto modo cerrada y conservadora. Del mismo absurdo se ha hecho una etiqueta racionalizada; algo que permite colocar a Beckett, por ejemplo, detrás y delante de una serie de autores afines. El espectador o el crítico se sitúan ante una poética ya agotada, ante un formulario estético; por otra parte, la realidad social aparece como un fenómeno estable, con el que se puede estar o no de acuerdo, pero que es necesario racionalizar y tener siempre bien presente. La cultura, dicho tal vez con otros términos, está profundamente institucionalizada.

En las sociedades subdesarrolladas las cosas son bien distintas. Por lo pronto, el tema del "absurdo metafísico", o de la radical incoherencia de la naturaleza humana, es un lujo. Los absurdos aparecen tan vinculados a las arbitrariedades de la historia y de la organización socioeconómica que carece de sentido pensarse a hablar de naturaleza humana. El sentimiento del absurdo de un Jorge Díaz, un Rocha o un Dragún, hablan mucho, antes de una determinada realidad temporal que de cuestiones eternas. El artista del Tercer Mundo diríamos que carece de un cauce cultural al que sentirse gustosamente remitido; es un hombre que, o tiene escasa tradición cultural, o rechaza buena parte de la que oficialmente se le propone. Su sociedad no se presenta como un hecho consistente, mejor o peor, sino como una arbitrariedad; por eso, en lugar del reformismo o la crítica de tal o cual punto, en vez de sentirse rechazado por su sociedad en este o aquel extremo, adopta posiciones radicales, poniéndolo todo en cuestión, y planteándose, a la vez, la necesidad de una nueva poética y de una nueva sociedad. Es decir, de una nueva cultura.

En este sentimiento del absurdo histórico unido a la voluntad de transformación social se asienta la constante esperpéntica de tantas manifestaciones del Tercer Mundo. Es probable, como decía Papatakis, que la fórmula tenga la ventaja de evidenciar y subrayar el absurdo, objetivando el drama del autor. O quizá, como le objetó a Papatakis uno de los asistentes al coloquio, el esperpento, dados los términos exagerados que lo informan, impide que el espectador comprenda perfectamente lo que quiere decirse.

Yo creo que éste es un problema receptivo de las sociedades "desarrolladas" frente al arte del Tercer Mundo. Pero, en su raíz, se trata de una estética insalvable y resultado matemático de unas circunstancias. Reirse de aquello que resulta absurdo y transformable es un tipo de expresión revolucionaria que ya empleó nuestro Valle Inclán.

Cuando en un país "subdesarrollado" deja de producirse libremente literatura esperpéntica es la prueba de que ciertos procesos sociales se han puesto en marcha. Si tales procesos no existen, el "esperpento" parece la única respuesta coherente, tal como en su día entendiera don Ramón frente a los acomodos del teatro restauracionista.

JOSE MONLEON

las cosas en su punto

EL balance de los V Juegos Mediterráneos celebrados en Túnez ha sido recibido con alborozo por todos los aficionados españoles. Medio centenar de medallas es un buen botín que supera, con creces, el obtenido en la edición anterior de los Juegos, en Nápoles, hace cuatro años.

No hay que echar, sin embargo, las campanas al vuelo. Con excepción de Italia, que envió una formación sólida, la calidad técnica de nuestros demás adversarios no justifica el optimismo exagerado. Los franceses, en líneas generales, se hicieron sordos a la llamada de las sirenas mediterráneas, y entre los demás países sólo alguna individualidad, como la de Gamoudi, podía hacer frente, con alguna probabilidad de éxito, a los españoles.

Nuestro deporte está en una línea de superación, qué duda cabe, pero sería equivocado, por no decir ingenuo, medir nuestra potencia por los éxitos tunecinos ante adversarios de segunda fila. Ya dijimos, antes de iniciarse la competición, que los objetivos deportivos eran relativos, y que lo importante era confirmar ese progreso de nuestras disciplinas como una prueba anticipada de los Juegos Olímpicos a disputar en Méjico a partir del 12 de octubre de 1968.

El mejor balance de Túnez no es el de nuestras medallas, con las que se conforman aquellos que ponen el grito en el cielo cuando no se consigue ninguna en una Olimpiada, sino el de comprobar que las cosas se están haciendo bien y que al margen de los resultados, buenos, regulares y hasta alguno malo —como en atletismo—, hay orden, coordinación y buen enfoque del futuro.

Durante muchos años, a nuestro deporte le ha faltado una programación racional. Ahora la tiene, aunque sólo sea en parte. Sin que ello suponga censura alguna para los técnicos del país, el auge creciente de la natación se ha basado en los servicios, oportunamente requeridos, de afamados preparadores extranjeros. No hay que rasgarse las vestiduras, con un patriotismo mal entendido, porque ello sea así. Para aprender, cualquier escuela es buena. Por eso, en la otra gran rama del deporte, el atletismo, nos extraña no se haya hecho otro tanto. Es verdad que existen excelentes atletas, pero en el paralelismo con la natación, el deporte de las pistas de ceniza queda bastante lejos.

Tal vez sería aconsejable que nuestro atletismo variara un poco en su estructuración. Nuestra eliminación de la Copa de Europa fue un poco triste. Y en Túnez, salvando la victoria de Alvarez Salgado y el «vuelo» casi milagroso de Luis Felipe Areta en su último intento sobre triple, las satisfacciones en atletismo han sido escasas.

Tan escasas que las creemos justificadas como para pedir una revisión de ideas. No es una crítica, sino un leal y sincero consejo.

J. J. CASTILLO